

Á pesar de las sensibles reticencias de la historia respecto de este suceso, cuyos pormenores no pueden determinarse mas que los vagos contornos de una escena que se sueña, discurramos, lector amado, según las probabilidades, y hagámoslo de

cuales descuellan Ambrosio de Morales, el P. Roa, Díaz de Ribas, Flórez, Masdeu y otros no menos diligentes en la investigación de las memorias y documentos de España bajo el dominio de los árabes, haga mención, ni leve alusión siquiera, á este hecho de la venta de la basílica cristiana á los Mahometanos que refiere Arrazí. Los historiadores árabes, sin embargo, pueden ayudarnos en muchas cosas á suplir el silencio de los nuestros: silencio que nada tiene de particular atendida la natural turbación y desconcierto de aquellos primeros tiempos de la España mozárabe, durante los cuales, la misma tolerancia de los dominadores pudo en cierto modo contribuir á que no surgiesen al pronto del seno de la Iglesia española de la Bética esos hombres notables, dechados de ciencia y santidad, que luégo la ilustraron en las épocas de persecución. Así como estos pueden servir de guías al historiador desde la mitad del noveno siglo; para el conocimiento de la edad anterior, que comprende desde la conquista de los Sarracenos hasta S. Eulogio, no hay más luz que la que dan el Pacense, el moro Rasis y el arzobispo D. Rodrigo: el Pacense, porque acabó de escribir su crónica en el año 754 de Cristo, es decir, poco antes de apoderarse del trono de Córdoba Abde-r-rahmán I; el moro Rasis, porque aunque contemporáneo de S. Eulogio, tomó lo anterior á su tiempo de tres autores que escribieron lo que veían, y principalmente del *Al-Bucar*, escritor que Morales califica como *de mucha estima y autoridad entre los Moros*; el arzobispo D. Rodrigo, finalmente, porque según expresa el mismo Morales, de su gravedad se puede tener por cierto que usó buena diligencia en lo que escribía. Ninguno de estos tres historiadores nos dice cuál fuese la basílica catedral de los Cristianos de Córdoba cuando la ciudad fué ganada por los árabes; y sin embargo, por una serie de inducciones que en los angostos límites de esta nota no cabe apuntar, muchos autorizados anticuarios convienen en que la principal iglesia cristiana ocupaba el mismo sitio que hoy ocupa la famosa mezquita, y que dicha iglesia fué construída por los godos sobre las ruinas de un suntuoso templo romano, consagrado á Jano. Varios de nuestros más graves historiadores, por otra parte, convienen con Ambrosio de Morales en que la basílica de los tres mártires Fausto, Januario y Marcial, hoy iglesia de S. Pedro, fué la catedral donde residió el obispo bajo los Califas; y sin embargo, no hay oposición entre ambas conjeturas, porque pudo muy bien haber sido catedral la basílica de los tres mártires desde los años de Abde-r-rahmán I, y catedral de los Cristianos godos cuando la conquista árabe la otra iglesia, de advocación desconocida, edificada en el solar del antiguo templo pagano, puesto que los historiadores mencionados no dicen desde qué año fué catedral la basílica citada. Es claro que para fijar este dato eran menester otros mucho más principales, y que ignorándose hasta el número y nombres de los prelados que gobernaron la iglesia de Córdoba desde el año de la pérdida de España hasta el de 850 en que comienza la persecución sarracénica, no debe extrañarse que se ignoren otras particularidades de menós monta; pero á veces sucede colmarse impensadamente un gran vacío con un simple dato de poca importancia al parecer, como se ilumina un espacioso é ignorado antro con el resplandor de una pequeña llamita.

Leemos, pues, en la obra tantas veces citada de Al-Makkari, copiando al histo-

manera que no resulte injurioso el relato de la venta de la basílica cristiana, ni calumniosa la semblanza del prelado que la consintió, si algún día llegan á descubrirse documentos que aclaren el hecho. No imitemos la peligrosa práctica de muchos modernos

riador Ar-razí, que los conquistadores de Andalucía imitaron la conducta de los generales musulmanes que habían tomado á Damasco, y que lo mismo que éstos habían dividido con los Cristianos de Siria el templo principal de dicha ciudad, dividieron ellos con los Cordobeses el templo principal de Córdoba, sobre el cual andando el tiempo construyó Abde-r-rahmán la gran mezquita. Otro escritor árabe (que cita el erudito Sr. Gayangos en la nota 2, cap. II, lib. III de la citada obra), llamado Ibn Habib, dice que la principal iglesia cristiana de Córdoba, en la época de su expugnación por los Sarracenos, estaba situada en el barrio denominado *Kudyat Abi'abdah*: ahora bien, este barrio es el paraje mismo que designa Al-Makkarí como asiento del antiguo *Palacio de Rodrigo*, y siendo este palacio de Rodrigo el mismo alcázar que los godos y árabes habitaron en Córdoba, y que hoy designamos con el nombre de Alcázar viejo, cerca de la mezquita, parece que debe quedar muy poca duda acerca de la conformidad absoluta entre los dos historiadores Ar-razí é Ibn Habib. El testimonio de éstos se conforma también con las observaciones de los anticuarios, que por la grande abundancia de fragmentos romanos que en la Aljama arábica se advierte, asignan á estos un origen pagano y suntuoso, sólo propio de un gran templo, ó de muchos monumentos antiguos á la vez; y al propio tiempo no se opone á las deducciones de nuestros respetables historiadores. Así, pues, admitiendo la veracidad de los historiadores árabes citados, y por consiguiente la probabilidad de que los Sarracenos conquistadores de Córdoba siguiesen el precepto recomendado por el celebre conquistador de la Siria Omar el Farruck y dividiesen con los Cristianos el principal de sus templos; sin contradecir en lo más mínimo el relato más fidedigno de nuestros escritores, antes bien completándolo en la parte que ellos dejan intacta por falta de documentos, podemos establecer: que la basílica catedral de Córdoba, fundada por los Godos sobre la planta de un templo pagano, sirvió, dividida en dos mitades, por espacio de unos setenta años, á los dos cultos cristiano y mahometano; que Abde-r-rahmán I compró á los Cristianos su parte, como afirma Ar-razí; y que la nueva iglesia que ellos entonces obtuvieron permiso de erigir para el culto cristiano exclusivamente, según el mismo historiador árabe refiere, no fué otra que esa misma basílica de los tres mártires Fausto, Enero y Marcial, de fundación hasta ahora nunca determinada, y que sirvió de catedral á los Cristianos cordobeses todo el tiempo que duró el Califato y aún después hasta el día de la reconquista.

Acerca de la advocación de la primitiva basílica catedral no resulta cosa cierta: algunos creen (y lo rebate el licenciado D. Pedro Díaz de Rivas en sus antigüedades de Córdoba, *Discurso IV, templo de Jano Augusto*) que la iglesia mayor se denominase de S. Jorge. Toman su fundamento en la narración del moro Rasis, que dice: que el rey godo nombrado por los cordobeses después de muerto Rodrigo, sabedor de que la ciudad había sido entrada por sorpresa por la hueste de Mugeith que andaba ya quebrantando las puertas, se acogió á un templo fuerte dedicado á S. Jorge, en el cual se defendió con los suyos por espacio de tres meses. Suponiendo que sólo la iglesia principal podía calificarse de fuerte presidio, discurrieron éstos que la defensa debía habérselo hecho en el edificio de la catedral. Ambrosio de Morales quería que el templo de S. Jorge fuese la actual iglesia de S. Salvador.

novelistas y dramaturgos, que apoderándose de los personajes históricos para entretener con sus hechos los ocios de los aficionados á aventuras prodigiosas, y fundando en la mera posibilidad sus invenciones, suplen el silencio de las crónicas acumulando sobre ellos á placer *interesantes monstruosidades*, exponiéndose al riesgo de que un ignorado y empolvado documento producido á nueva luz los deje como infamadores convictos. Sea diversa nuestra regla: creamos que donde hubo maestros para hombres tan insignes en letras y en virtudes como S. Eulogio y Paulo Alvaro, no pudieron faltar virtudes para proceder con conciencia pura, ni letras para obrar con pleno conocimiento de lo que permitía y vedaba la disciplina de la iglesia goda; tengamos por seguro que el clero de Córdoba fué siempre digno de la alta reputación que supo granjearse en todas las épocas conocidas de nuestra historia sagrada, pues no haremos excesiva gracia al que en todos sus actos notorios procedió como santo, si en alguno de sus hechos ignorados le suponemos consecuente. Y si con este espíritu de justicia procedes, fácilmente comprenderás si pudieron mediar causas que hiciesen la enagenación de la basilica catedral de Córdoba no sólo legítima y válida según el derecho canónico de aquellos tiempos (1), sino también oportuna y benéfica.

Pero el citado Díaz de Rivas, con muy sólidos argumentos induce á creer que la resistencia del caudillo goda con su gente tuviese lugar en la iglesia del convento de Sta. Clara, que en tiempos antiguos llevó sucesivamente los nombres de S. Jorge y Sta. Catalina. Ar-razi asienta que la iglesia principal de los Cristianos de Córdoba estaba dedicada á S. Vicente, y verdaderamente no hallamos dificultad para que así fuese, á menos que se quisiera suponer que la primitiva catedral estuviese bajo la advocación de los tres mártires. Pero en este caso, ¿qué nombre había llevado hasta el año 786 la basilica derruida que los Cristianos restauraron para catedral después de vender la antigua al rey árabe?

(1) Según los cánones de los concilios y decretos de los Santos Padres, no podían venderse las cosas sagradas mas que en ciertos y determinados casos, y esta es la doctrina usual y corriente de la Iglesia. El obispo era el principal administrador de todas las rentas eclesiásticas, no podía enagenar los bienes, ni venderlos sin aprobación de todo el clero, ni disponer de ellos en ninguna manera. «Si algun obispo ó algun clérigo vendiere ó diere sin conseio de los otros clérigos alguna cosa de la iglesia (decía la ley visigoda (III, tít. I, lib. V.)), mandamos que non vala, si non fuere fecho cuemo mandan los decretos de los Santos Padres.» Los ca-

Ocurriría quizás lo siguiente: recibido que fuese por el obispo de Córdoba el mensaje del rey árabe, el prelado reuniría su cabildo, y al exponerle la voluntad y proposición del mahometano, al punto, como en toda reunión numerosa acontece, se pronunciarían divididos los pareceres: no porque la oferta de Abderrahmán tentase la codicia de los que desde luégo se hubiesen declarado por la cesión de la basílica, sino porque su propio celo les hiciese mirar como ventajosa su traslación á otro punto. Acaso el mismo obispo sustentaría esta opinión y la esforzaría ante el cónclave ó cabildo canonical con las sólidas razones que hoy mismo podemos colegir de aquellas circunstancias; y aquellos piadosos presbíteros se convencerían de la necesidad de admitir el ofrecimiento del monarca infiel. Tal vez los mismos que al principio lo repugnaban, acabarían por reconocer que lo que ahora se les pedía en tono amistoso, mañana otro se lo podía exigir en són de amenaza, y que lo que ahora rehusaban entregar con ventaja, tal vez se lo quitarían mañana violentamente con gran profanación y daño. ¿Qué podrían prometerse de la resistencia? Que ese pagano poderoso que los toleraba, se convirtiese en tirano que los acosase y destruyese. ¿Quién les aseguraba que á la muerte de ese, yá anciano, habrían de disfrutar la paz y libertad que ahora se les concedía? Los sucesores serían quizá de condición menos apacible, y entonces caerían en poder suyo todos los edificios sagrados sin resistencia. Considerarían por otra parte la mancilla que llevaban desde que la secta de Mahoma había ido á albergarse bajo la santa techumbre de su propia basílica; los males que de esta nefanda promiscuidad se seguían á su grey, en desdoro del pastor que toleraba per-

—
sos en que es permitido al obispo enagenar las cosas sagradas con consentimiento de su clero, pueden verse latamente en los autores de derecho canónico, principalmente en Devoti, Berardi, Ferraris, etc. En la enagenación de la basílica de Córdoba concurrían varias de estas causas, pues no solamente se trataba de evitar los males de la promiscuidad de dos cultos tan opuestos como el cristiano y el mahometano, sino que además era de necesidad casi absoluta el constituir la catedral cristiana cómoda, decorosa y separadamente.

maneciese el rebaño de Cristo en el redil de que se habían apoderado los lobos; los grandes inconvenientes que esta odiosa cohabitación llevaba consigo; la imposibilidad de celebrar dignamente sus santos ritos y adorables misterios en el angosto recinto á que se veían reducidos; lo mucho que retraía al pueblo de la asistencia á los divinos oficios de la catedral el temor del contacto con los impuros prosélitos del falso Profeta; finalmente, las ventajas que podían prometerse de trasladar á lugar más decoroso las santas reliquias allí depositadas, erigiendo al propio tiempo á los tres gloriosos mártires Fausto, Enero y Marcial, cuyo templo veían lastimosamente derruido (1), una nueva iglesia que fuese su principal basílica; y tributando acciones de gracias y loores al Omnipotente que así mitigaba las tribulaciones de su Iglesia permitiéndoles edificarle nuevos templos durante su mismo cautiverio, abrazarían con resolución el partido que su Divina Majestad les sugería tomando al rey infiel por instrumento de sus altos designios. ¡Sólo, en efecto, el Dios todopoderoso é infinito sabía entonces si algún día habían de exultar las venideras generaciones libertadas de la triste servidumbre en que vivían, plantando de nuevo la gloriosa enseña de la redención sobre la soberbia mezquita que ahora consentía se erigiese en castigo de sus pecados!

Ya una vez había descollado la cruz triunfadora sobre el magnífico cornisamento del templo de Jano cuadrifonte; ahora

(1) Refiriendo Ahmed Al-Makkari los tratos que entre los Cristianos y el rey árabe mediaron para la cesión de la antigua basílica, dice que después de nuevas insistencias cedieron los Cristianos, con la condición de que se les había de permitir reedificar otra iglesia que había sido destruída, cerca de los muros, y para el culto de su Dios solamente. No declara en verdad con palabras terminantes el historiador citado que esta iglesia derruída fuese la de los tres mártires Fausto, Enero y Marcial; pero probando abundantemente Ambrosio de Morales y los demás escritores cordobeses, Roa, Rivas y Gómez Bravo, que la basílica de los tres mártires fué la antigua catedral donde residió el obispo todo el tiempo de la dominación sarracénica, resulta evidenciado del cotejo de nuestros historiadores con el mencionado Al-Makkari, que la iglesia que los Cristianos levantaron en sustitución de su antigua basílica catedral, vendida á los Musulmanes, fué esa misma de los tres mártires, situada en efecto cerca de los muros de la ciudad á la parte del mediodía, y en la *Axarquía* ó *parte baja* que ocupaban los Cristianos.

parecía eclipsarse el resplandor del santo Lábaro, derribado de la famosa basa antigua; y era que, efectivamente, le tenía reservado el Eterno como pedestal el monumento incomparable producido por el último esfuerzo de todos los genios de Oriente conjurados contra el cristianismo.

Resuelve el cabildo entregar el templo con la condición de que se le permita reedificar la basílica de los tres mártires en los pasados años destruída, y admitido por el Sultán el pacto, autoriza el obispo la enagenación. El árabe jactancioso manda al punto que se dé á los Cristianos el precio convenido, que reciben en dinares de oro, y les insta para que desocupen prontamente el local, porque Abde-r-rhamán es ya de edad avanzada, y urge que los suñtuosos despojos de Itálica, Mérida, la misma Córdoba, y otras ciudades monumentales de los orgullosos Romanos, reciban su providencial colocación en el soberbio edificio que levanta á Mahoma junto al gran río de la Bética la raza predestinada que avasalló á los antiguos dominadores del orbe en cuántas provincias reconocían la autoridad de Heraclio. Llenas todas las formalidades consiguientes al convenio celebrado, verificase la traslación de las reliquias, vasos sagrados, imágenes y demás objetos religiosos al lugar provisional en que debía celebrarse el culto mientras se hacía la nueva iglesia: los Cristianos más fervorosos acuden á presenciar la remoción de aquellos amados objetos, á regar con lágrimas aquella tierra santificada con despojos de mártires, á dirigir una mirada de tierna despedida á aquel magnífico templo, bajo cuyos dorados artesones había un tiempo circulado, como trueno de nube fecunda, la voz del santo confesor Osio repitiendo los artículos del Símbolo que su inspirado labio había dictado en presencia de Constantino en la asombrada Nicea (1). Despojado por fin el

(1) El Símbolo ó fórmula de fe que aprobó el Concilio de Nicea fué la que concibió Osio, como dice S. Atanasio, que se halló presente; y la hizo saber ó publicó en el mismo Concilio Hermógenes, según refiere S. Basilio, para que oída y considerada, la aprobasen y confirmasen los Padres.

templo, desocupados los claustros de los eclesiásticos y de los niños ofrecidos al servicio del culto (1), hecha también la traslación de la escuela y biblioteca (2), reúnen á hora desusada de la noche bajo las silenciosas y desnudas columnatas romanas, sentenciadas á inmediata demolición, el prelado, los presbíteros con su arcipreste, los diáconos con su arcediano, los subdiáconos y todos los clérigos menores con su primicerio, el instructor de los clérigos, el presidente de la sacristía, el archiscrinario, por último el seminario de los oblatos con el docto y piadoso anciano que los educa y rige, los ostiarios, y todos los seglares consagrados al servicio subalterno de la basílica, con no pocos feligreses devotos; y en solemne y lúgubre cortejo, después de dichas las preces oportunas, entonando á media voz con sigiloso modo el breve y elocuente salmo *Usque quo, Domine, oblivisceris me in finem*, tan adecuado á los sentimientos del alma atribulada que recurre á Dios con firme esperanza, en el cual sobresalen las argentinas voces de los descuidados é inocentes niños y algunos mal reprimidos sollozos de los apesarados feligreses, salen del profanado templo por su orden, sin iluminación ni aparato, y van desfilando majestuosamente á favor de las nocturnas tinieblas

(1) En las catedrales de la España mozárabe, lo mismo que en las de la España goda, había dos casas de comunidad, la una de eclesiásticos según costumbre antigua, y la otra de niños educandos, como se estila aún en los seminarios. El seminario ó *cónclave de niños* era para los hijos y descendientes de los libertos de la catedral, y para todos los demás niños *oblátos* ú ofrecidos por sus padres al servicio de la iglesia. Allí los criaba un anciano docto y piadoso, dándoles la instrucción necesaria en lo espiritual y literario, y cumplidos los 18 años se les preguntaba delante de todo el clero si querían casarse ó vivir solteros; y de allí á otros dos años, según la respuesta que habían dado, ó los promovían al subdiaconado, ó les permitían el matrimonio dejándoles ir á sus casas.

(2) Había escuelas en las basílicas y monasterios, y también bibliotecas, aunque estas no eran siempre lo que hoy entendemos bajo ese nombre. Muchas veces en los documentos de la España árabe se hace mención de *bibliotecas*, que no eran sino una colección completa de los libros sagrados del viejo y nuevo Testamento, ó propiamente hablando *biblias*; y de esta especie eran la *biblioteca* que el conde Adolfo costeó para la iglesia de S. Acisclo, según se colige del epigrama primero de Cipriano, arcipreste de Córdoba, y la famosa del presbítero Leovigildo que celebró en una larga é ingeniosa composición poética Álvaro Cordobés.

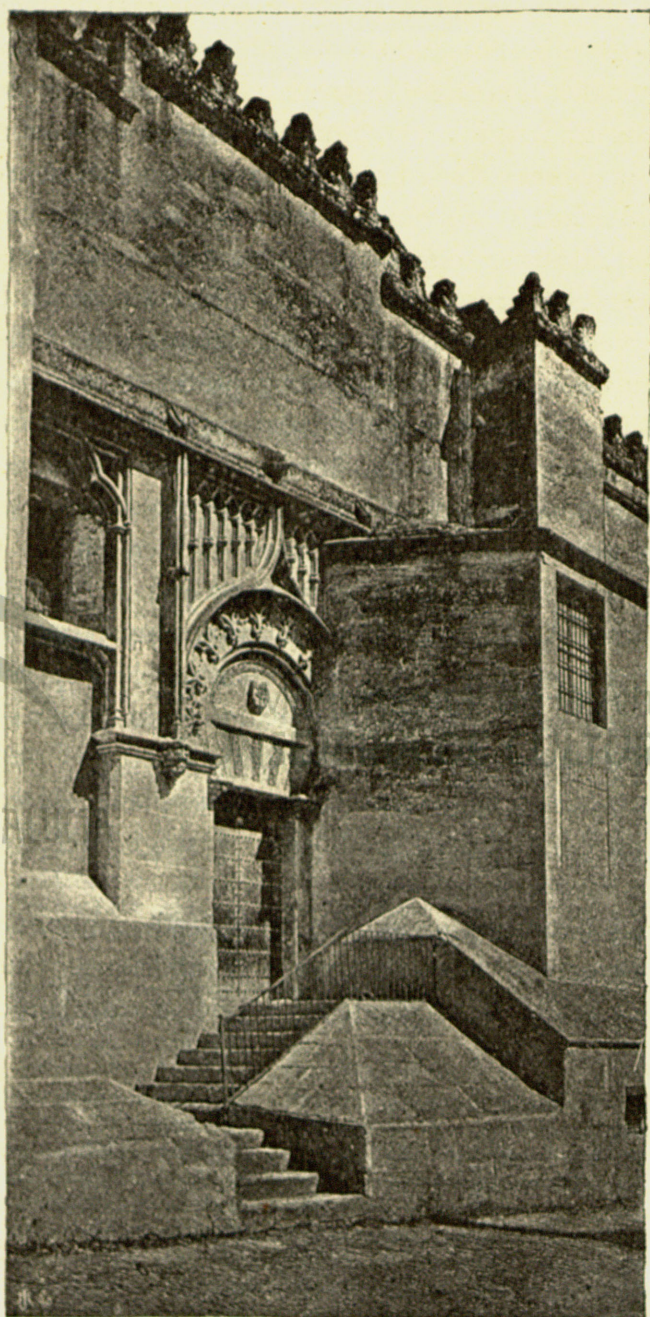
hacia una de las parroquias de la Ajarquía, en cuyas angostas y tortuosas calles se pierde en breve la piadosa comitiva.

¡Con cuánta ansia aguardaba el hijo de Moavia este momento! No bien llega á su noticia la entrega de la basílica, manda cerrar la mezquita provisional á ella contigua, deja su quinta de la Ruzafa, trasládase al alcázar de la ciudad para dirigir más de cerca la obra que proyecta, traza por su propia mano diversos planos según las grandiosas ideas que había comunicado á sus hijos y consejeros, y dispone que empiece al punto el derribo del antiguo edificio. Con prodigiosa actividad llévanse á efecto sus órdenes. Las adiciones que habían tenido que hacer los Sarracenos en su primitiva mezquita mayor habían sido tantas hasta entonces, y tantos los techados que sucesivamente habían tenido que ir añadiendo con la necesaria degradación para facilitar los desagües, que apenas podía ya el pueblo musulmán estar en pié bajo las últimas cubiertas del edificio, cuya capacidad obstruía por otra parte el gran número de pilares de madera en que aquellas se habían ido sosteniendo. En esta incómoda mezquita, como en terreno prestado, se había celebrado el culto público de Mahoma en los años más gloriosos, si no los más felices, del reinado de Abde-r-rahmán I; pero ahora en su venerada vejez anhelaba dilatar sus arrogantes miradas en nueva, espaciosa y magnífica aljama, haciendo una sola casa de adoración de la mezquita y la basílica reunidas, sustituyendo al tabernáculo el libro del Profeta, al ara sagrada el lujoso mimbar, al ambón el púlpito de los khatibes, y á las nubes de incienso los fragantes pebeteros de aloe y ámbar gris. Ansioso de ver la obra terminada, constitúyese en ella diariamente el infatigable anciano, mira con placer rodar sobre el marmóreo pavimento romano los fustes y capiteles que habían sustentado la enseña de Cristo, confundidos con los pilares en que se había sostenido la glorificación del sensualismo; píntase en su atezado y enjusto rostro la alegría cuando ve enteras las magníficas columnas corintias tendidas á sus piés; confundido con la turba de obreros, entre cuyos

variados trajes, indicio inequívoco de diversidad de naciones, se divisa con frecuencia la blancura de su amplia vestidura habitual y de su turbante finísimo de lino, dispone solícito la conservación de aquellos preciosos fragmentos, los hace clasificar cuidadosamente, manda que se unan á los que sus walíes le van enviando de Italia y Mérida, y al mismo tiempo que avanza la obra de demolición, promuévense sin levantar mano los trabajos para la construcción nueva. ¡Qué actividad, qué movimiento en toda la ciudad y sus cercanías! Diríase que la erección de la aljama principal es el único negocio que ocupa á la corte del naciente Califato. No hay en el alcázar dependencia que no intervenga en la gran novedad que se inaugura, ni en la población industria que no reciba impulso. Mientras en las fábricas y talleres, en los bosques y canteras de la sierra, en los caminos de la montaña á la ciudad, en las caleras y hornos de ladrillo, todos se agitan afanosos; mientras el arquitecto sirio medita sobre sus planos y los que ha trazado la mano misma del rey, y el Katib escribe pidiendo artistas útiles al África y Asia, y los maulís y poetas protegidos por Abde-r-rahmán se esfuerzan en merecer los agasajos del monarca colmándole de elogios por su grandioso pensamiento, el pueblo desocupado y curioso hormiguea á todas horas en torno de los espaciosos fundamentos, y todo presenta una animación y un interés difícil de describir.

Presiente Abde-r-rahmán que no verá concluída la grandiosa aljama, y anhela que con toda presteza queden cubiertas al menos las peregrinas arquerías que forman sus naves, para tener antes de morir el consuelo de inaugurar en la Caaba de Occidente el culto del Islam con una de aquellas sentidas y elocuentes arengas que tenía por costumbre dirigir á su pueblo en la mezquita antigua los días de juma (1). La rapidez con que avanza la obra sólo es comparable á la que se observa en la ejecución de todas

(1) *Juma*, *aljuma* ó *alchuma* es el día festivo, ó viernes, de descanso y reunión para los Mahometanos, así como entre nosotros lo es el domingo.



PUERTA DE PONIENTE DE LA MEZQUITA

JUNTA DE ANDALUCÍA

ambra y Generalife
RA

las empresas que acomete el soberano, el cual, si bien procede con pausa y reflexión en sus determinaciones, cuando resuelve llevarlas á cabo, no consiente demora. Alzarse como por encanto los gruesos muros, las torres que les sirven de estribos, los espaciosos machones de la gran cisterna: tiéndese sobre estos la espaciosa bóveda subterránea destinada á sostener el ameno pensil de las abluciones; elévase ya sobre cimientos de asombrosas dimensiones el cuerpo primero del alminar, de donde ha de partir cinco veces cada día el sonoro clamoreo del aliden (1): no parecé, en fin, sino que los genios gigantes de las montañas de Kaf (2) hacen rodar hacia el Guadalquivir desde las canteras de la selvosa sierra de Córdoba, los poderosos sillares cortados, y que las encantadas peris del Éufrates, jugueteando en las túmidas ondas del gran río y sus cañaverales, dirigen en las nocturnas horas al són de las inefables armonías asirias la obra de los *jines* propicios que Azazil envía como invisibles auxiliares al creyente fundador. ¿Quién, en efecto, sino ellas puede inspirar á los ingeniosos artífices levantinos empleados en la decoración de ese monumento, los inimitables y bellísimos adornos que traza su mano sin fatiga, y como trasladando á los planos de estuco y de mosaico los contornos de las flores y vástagos del jardín del Paraíso?

Apenas han transcurrido dos años desde que se empezaron á echar sus cimientos, y ya se levanta la cuadriforme ciudadela del Islam por encima de las alamedas del río, emparejando en altura

(1) *Aliden* y *Alidzán*: pregón, convocatoria que se hace en la parte exterior de las mezquitas para que el pueblo acuda á la azala ú oración.

(2) El Korán enseña á los Mahometanos que, además de los ángeles y de los demonios, hay otros seres de especie intermedia, llamados *jines* ó *chines* (genios), formados del fuego, y capaces de salvación ó condenación eterna como las criaturas mortales. Los Orientales creen que estos genios, entre los cuales los hay buenos y malos, propicios y maléficos, habitaron la tierra muchos siglos antes de la creación de Adán, y que los que sobrevivieron á la destrucción con que fueron castigados por sus maldades, combatidos por un antiguo rey persa llamado Tahmurath, tuvieron que retraerse á las famosas montañas de Kaf. Entre estos *jines*, unos son *Peris* ó *Fadas*, otros *Dives* ó *gigantes*, otros por último *Tacwines* ó *destinos*.

con el severo alcázar de Rodrigo (1), y descollando entre las construcciones de la antigua ciudad romano-visigoda, recientemente decorada con sutiles alminares en que tremola la bandera blanca de los Umeyas, á la manera que descuella el casco de un majestuoso navío, aún no aparejado, entre las empavesadas góndolas de un puerto de mar. Pocas lunas más, y los muros interiores, las soberbias columnatas de gallarda é inusitada forma (2), las elegantes hileras de dobles arcos sostenidos en corintios capiteles, los anchurosos pórticos, la hermosa fachada de once atrevidas puertas, las riquísimas portadas laterales flanqueadas de recamados ajimeces, la incomparable techumbre, en fin, de manera incorruptible labrada y pintada, quedarán terminados; pocas lunas más, y la hotba (3) por la salud de Abde-r-rahmán, leída

(1) Los historiadores árabes designan con el nombre de Palacio de Rodrigo (*Baldit Rudherik*) al que hoy designamos con el nombre de Alcázar, al Occidente de la mezquita, orilla del río; no, como dice Al-Makkari, porque se creyese que lo había fundado el rey Rodrigo, sino porque este monarca lo habitaba siempre que iba á Córdoba. Nuestros historiadores suponen que este palacio fué construido por Teodofredo, padre de D. Rodrigo, cuando le desterró á dicha ciudad Egica, y en verdad que no alcanzamos por qué se separa Ambrosio de Morales del común sentir, estableciendo que Teodofredo pudo haber fundado su palacio en la Albayda ó Casa blanca, media legua al norte de Córdoba. Menos todavía se explica esta conjetura del sabio cronista si el paso en que la establece (lib. 12, cap. 63) se coteja con otro más adelante (lib. cit., cap. 67), en que dice: hablando del rey Rodrigo: «fortificó mucho los palacios de su padre en Córdoba, así que les quedó después su nombre, y los Moros los llaman *Palacios del rey Rodrigo*.»

(2) La mezquita de Córdoba es acaso el primer monumento en que se empleó la ligera y elegantísima combinación de arcos sobrepuestos, que hará de él uno de los ejemplares más preciosos é inestimables del arte monumental mientras se dé culto al genio y á la poesía en el mundo.

(3) *Hotba* ó *Kotba* equivale á sermón, plática, arenga. En ella se contiene una especie de rogativa por la salud del soberano reinante, que concluye en estos términos: «Oh mi Dios, sé misericordioso con los Califas ortodoxos, distinguidos por la doctrina, la virtud y los celestiales dones de que los han colmado, que han juzgado y obrado según la verdad y la justicia. ¡Oh mi Dios! Sostén, asiste y defiende á tu servidor el Califa (ó el Sultán) N..., perpetúa su imperio y su poder.» Abolió Abde-r-rahmán la supremacía espiritual de los Beni Abbas ó A bassides en España, prohibiendo que se mentase el nombre del Califa en los púlpitos ó mimbres de las mezquitas, y aunque él no se atrevió á tomar declaradamente el título de Califa de Occidente, como empezó, sin embargo, á usar el de *Amiru-l-moslemín* (Amir ó cabeza de los musulimes andaluces), y el de *Omará-bnu-l-kholafá* (Amir, hijo de los Califas), es indudable que fué considerado como soberano reinante, y que desde este momento en la rogativa de la *hotba* se hacía expresión de su nombre. En las

al pueblo desde el más lujoso mimbar (1) del Occidente, se repetirá por más de doce mil creyentes á una voz, ahogando con las vibrantes oleadas de la inmensa y atronadora deprecación los vergonzantes himnos de los vencidos Nazarenos. Pasan en efecto esas pocas lunas, y no sólo aparece la mezquita en disposición de poderse habilitar para que se celebren en ella las públicas ceremonias el primer día de juma, sino que hasta se descubre ya en la extremidad de su nave principal, dirigida al austro, el umbral del santuario, revestido de rica y deslumbradora ornamentación bizantina: el venerado trasunto de la santa casa de la Meca, centro y norte de la adoración de todo fiel muslim, cuyo acceso sólo es permitido á la augusta persona del Amir. La grande aljama no está concluída, pero supliendo con ricos tapices de Siria y de Persia la decoración de las paredes y la labor de las columnas, apenas comenzada, los obsequiosos arquitectos del Sultán han hallado medio de satisfacer la impaciencia de su señor. Prodíganse en las naves principales los esbeltos capiteles corintios, los gallardos fustes marmóreos de los monumentos romanos, destrozados por los walíes de las provincias para agasajar con sus despojos al monarca; colócanse en las naves secundarias los capiteles de la derruída basílica visigoda, otros aún no cincelados, y las columnas más comunes: cúbrese el pavimento de flores y yerbas aromáticas; inúndase el sagrado recinto de luz y de aromas, aquella difundida por centenares de candelabros provisionales, estos exhalándose de cien pebeteros improvisados... ¿Podrá ya al menos el dichoso Umeya dirigir en la aljama de sus ensueños una vez antes de morir, como Imam (2) de la Ley, los ritos de un

aljamas ó mezquitas principales debía haber sermón y lecturas piadosas todos los viernes ó jumás, y todo fiel musulmán debía oírlas, pudiendo salir de su casa al nacer el sol para volver á la puesta. Por eso la Ley y Sunnah les recomendaba que viviesen lo más cerca posible de las aljamas.

(1) *Mimbar* quiere decir lo mismo que púlpito, en el cual se colocaba para ser bien visto y oído de todos el Imam ó el Alfaquí que dirigía las oraciones, y el Khatib que hacía el sermón.

(2) Aunque propiamente hablando sólo era Imam el Califa, por ser el único verdadero jefe y cabeza en lo civil y religioso, no obstante por similitud se daba

culto á cuya propagación ha consagrado tantos sacrificios, tantos afanes, tantas esperanzas?...

No podrá, no, que el almaleke encargado de cumplir el decreto de Dios le ataja el paso en medio de su rápida carrera. Ayer el glorioso invasor (1), recorriendo tal vez según su costumbre las obras, rodeado de sus consejeros y favoritos, se entregaba á la vanagloria de un éxito venturoso; ¡y hoy cunde por toda la ciudad la siniestra noticia de que el hijo de los Califas tiene sentado á su cabecera el ángel de la muerte! Á las dulces armonías de bien acordados instrumentos, que resonaban dentro del harem y en los apartamentos de las esposas, han sucedido desgarradores ayes y lamentos; los eunucos y los esclavos mesan sus cabellos á las puertas de la augusta morada; los médicos hebreos más afamados han agotado los recursos de la ciencia estérilmente, y entregan cabizbajos el ilustre moribundo á los últimos y piadosos obsequios de la sultana favorita, la hermosa Holal, madre de Hixem, *la de los ojos negros*. Ella es la que recibe su postrer suspiro, ella la que con solícita ternura baña y lava su cuerpo, ella la que le amortaja en siete blancos y finísimos lienzos, ungiéndole con preciosos aromas la frente, las manos, los piés y las rodillas; ella, en fin, la que, asistida de sus esclavas, le deposita en su lecho mortuorio (2). Allí yace, en una de las estancias de su alca-

el mismo nombre al Alfaquí que dirigía ó presidía en la mezquita los ritos y ceremonias. El Alfaquí, pues, era Imam ó cabeza dentro del templo para lo relativo al culto. Abde-r-rahmán no obstante, como acostumbraba á hacer oficios sacerdotales muchos viernes predicando al pueblo desde el mimbar, ó presidiendo los entierros y recitando las oraciones de ritual sobre los difuntos, merece bajo ambos conceptos el título de Imam que le da uno de los historiadores citados por Al-Makkari.

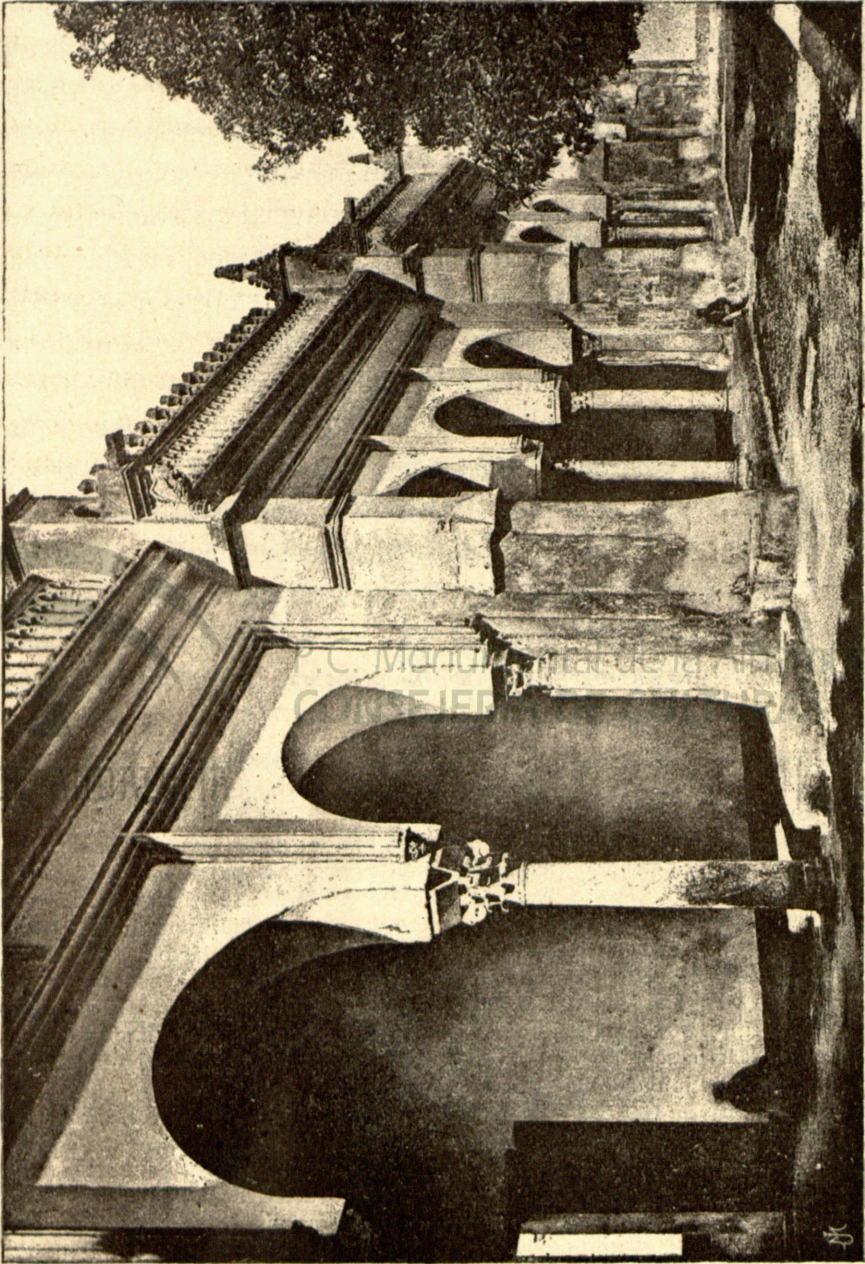
(1) Llamaban á Abde-r-rahmán el *invasor*, el *conquistador*, por antonomasia (*Addákhel* en arábigo); no el *intruso* como traduce Conde, á quien corrige oportunamente el Sr. Gayangos en la nota 36, pág. II, lib. VI de la citada Historia de las dinastías mahometanas.

(2) El erudito y laborioso orientalista arriba citado ordenó é imprimió, para ayudar á la inteligencia de la Colección de fueros y cartas pueblas que preparaba la Real Academia de la Historia, dos interesantísimos *tratados de legislación musulmana*, civil y religiosa; de la segunda parte de este curioso libro, en que se contiene la Suma de los principales mandamientos y prohibiciones de la Ley y de

zar, cubierto con las mismas blancas vestiduras que son el distintivo de su preclaro linaje, el sabio, el virtuoso, el victorioso, el afamado Abde-r-rahmán, llorado por sus mujeres, sus hijos, sus consejeros, sus oficiales, sus protegidos, sus soldados, sus servidores y esclavos, por todos los que ayer le cercaban respetuosos mostrándole en sus labios la sonrisa del afecto ó de la lisonja. El juez superior de la aljama de Córdoba, Abdu-r-rahmán Ibn Tarif, anuncia al pueblo el doloroso acaecimiento desde el mismo mimbar que estaba dispuesto para el glorioso príncipe, y salen las turbas de la mezquita exclamando: ¡Duerme el Amir en la sombra de la paz! Allah le sonreirá en la hora de las cuentas porque guerreó en su camino. Ha muerto Abde-r-rahmán, hijo de Moavía, hijo de Hixem Ibn Abd-el-Malek. El halcón Coreixí (1) que vino de Damasco ahuyentado por la negra bandera de los Beni Abbas, plegó sus alas en la perfumada orilla del Gua-

la Sunnah, sacamos el siguiente extracto, que quizás no desagradará al lector por la minuciosidad con que en él se da cuenta de las ceremonias usadas entre los Mahometanos con los muertos. «Sea acordado al que está á la muerte el nombramiento de Allah, y no se le debe acercar ninguna persona que no tenga *tahor* (que no se haya purificado) después que sea fallecido: y dióse por los sabios licencia para que se lea á su cabecera, y no fué amado por Melique (ó por Malik ben Ans, fundador de la famosa doctrina teológica que sustituyó en Andalucía á la antigua del Auzei) que den boces ni gritos, sino que lloren pacientemente quanto mas puedan. El bañar al muerto no ay tasa cierta en ello, mas báñelo quien mejor supiere, de manera que quede limpio... Bien passa que bañe el marido á la mujer, y la mujer al marido, y la mujer al muchacho, quando es de poca edad. No le quiten al muerto cabellos, ni uñas, ni lo *hâtenen* (ó circunciden), ni le quiten cosa de su cuerpo, sino alimpienlo quanto puedan. No bañen al que muere en *fi çabil y llâhi* (por la causa de Dios en la guerra santa) en la gúeste ó batalla, ni le amortajen ni hagan *açala* sobre él, y entiérrenle en su fuessa con sus mesmos bestidos como estubiere. Sea amortajado el difunto en tres lienços, ó cinco, ó siete, blancos, hechos tiras, ó camisas una sobre otra de grado en grado... pónganle olores buenos en los lugares del *çuchud* (por los cuales entendemos las partes del cuerpo con que se hace la postración ó acto de humillación en tierra, que es una de las posturas de la *âzala*), y llébenle á enterrar quando aya pasado la ora del *açala* sobre él, etc.» El autor de esta Suma es D. Içe de Gebir, Alfaqí mayor y Muftí de la Aljama de Segovia en el siglo xv, y la escribió en lenguaje aljamiado para el uso de los que habían ya perdido el conocimiento de la lengua árabe, declarando ser su intención sacar la más pura doctrina de los antiguos *maestros de la Santa Ley y Açunna*.

(1) Llamaban también á Abde-r-rahmán *el halcón Coreixi* (*Sakr Koraysh*) aludiendo á la velocidad de sus conquistas.



PATIO DE LA MEZQUITA

JUNTA D

P. C. Madrid y Generalife

dalquivir; descansa de su largo y rápido vuelo en la bendecida tierra de Andalucía, donde es el mejor rebato, y donde hay promesas del Annabí de que un día de pelea en ella es más ensalzado y meritorio que dos años en cualquier otra frontera (1). Ábranse de par en par las puertas del Edén, pues verdaderamente edificó en la Genna al fundar esta gran mezquita en el país donde contarán de él y de su posteridad los convertidos rumíes: mándoseles que nos combatesen hasta que dijéramos «no hay más Dios que Allah,» y cuando esto dijimos, ganamos por su medio esperanza y hacienda. Estas y otras semejantes exclamaciones hacen, acordes en su sentimiento por tan dolorosa pérdida, todos los que acuden á visitar al Sultán difunto, y entre ellos se señalan por sus extremadas demostraciones los jeques de las tribus Modharitas (2), los caudillos de los Eslavos, los adalides Bereberes y Zenetes, todos los walíes, capitanes, alcaldes, cadíes y alfaquíes de las circunvecinas provincias, que sin distinción de partidos, y depuesta toda rivalidad de razas, acudieron á la Sede del naciente Califato atraídos por la fama de la nueva fundación.

(1) Tradiciones recogidas por Hozail sobre los merecimientos de la guerra santa en el Andalucía. «Dijo Aixa, la mujer del Profeta: llegará tiempo en que se pondrá fin á la guerra santa, si no es en cierta península que tiene por nombre Andalucía en Maghreb l' Aksá, y el morabito, hombre de frontera en ella, ganará más méritos que el mártir cuando viene bañado en su propia sangre.» También decía: «el mejor rebato sobre la haz de la tierra es: el del Andalucía: su oriente es enemigo, su ocaso es enemigo, su septentrion enemigo, y su mediodía enemigo también.» Otra tradición decía: Alzóse el Profeta de Dios en la mezquita cierto día y extendió su mano hacia occidente como bendiciendo: dijéronle: ¿á quién bendices, oh Profeta de Allah? — Á cierta porción de mi pueblo, dijo, que mora más allá de Maghreb l' Aksá, región que tiene por nombre Andalucía... Los vivos son allí morabitos, y los muertos mártires, á quienes recogerán las nubes allende el mar infiel para llevarlos el día del juicio al sitio de la resurrección cual gotas de agua.» (*De la milicia de los Arabes en España.* — Opúsculo por D. Serafín Estévez Calderón.)

(2) Las tribus árabes que, dejando las tiendas de sus mayores, se establecieron en Andalucía, mantuvieron hasta la caída del Califato de Córdoba constantemente viva la animosidad que desde un principio separó á los descendientes de los dos principales troncos Adnán y Khattán. Entre las varias tribus de la estirpe de Adnán era la de los Beni Modhar la predominante por su número en Andalucía, y con el apoyo que le prestaron los Beni Umeyas, procedentes del mismo tronco, los descendientes de Khattán, llamados *Arabes del Yemen ó Yemenitas*, no pudieron hasta el reinado del usurpador Al-Mansúr equilibrar su poder con el de sus irconciliables enemigos.

Todos, después de hecha en sus personas la purificación que prescriben la Ley y la Sunnah, se acercan en respetuoso silencio á la regia cámara, y entre el numeroso tropel que rodea el lecho mortuorio distinguimos primeramente á un hombre de rostro lampiño y macilento, abultado de cuerpo y lujosamente ataviado: es el eunuco Mansur, primero entre los de su especie que alcanzó en la España árabe el honor de ser encumbrado al cargo de hagib, y en quien el mérito personal justifica lo que á los ojos de los varoniles Yemenitas sólo la tradición asiática puede hacer tolerable. Ceden á éste el puesto de preferencia otros siete personajes, jeques del consejo privado del Sultán difunto, que son los siguientes: Abú Othmán, el impetuoso caudillo árabe que había sido el primero en levantar el estandarte de Abde-rahmán en Andalucía; Abdullah Ibn Khaled, yerno del rey; Abú Abdah, gobernador de Sevilla; Shoheyd, hijo de Isa, hijo de Shoheyd, descendiente de un bereber, según algunos de un griego, que habiendo caído prisionero en las primeras guerras del Islam, fué esclavo de Moavia, hijo de Merwán; Abdu-sellám Ibn Basil, griego también, y liberto de Abdullah Ibn Moavia; Thálebah Ibn Obeyd Ibn Annadhám Al-jodhamí, gobernador de Zaragoza; y por último, A'ssen Ibn Moslem Ath-Thakefí, que era uno de los más celosos partidarios de Abde-rahmán, y el que en la famosa batalla de Músarah dió á sus tropas el ejemplo de cruzar á nado el río.

Vemos luego presentarse en la fúnebre estancia, con rozagantes aunque enlutadas vestiduras, y haciéndole cortejo una lúcida guardia de honor, al príncipe Abdullah, grave y taciturno, que viene á sustituir á su hermano Hixem, sucesor en el trono y ausente en Mérida, en el oficio de Imam, y á quien el Cadí de los Cadíes deja respetuosamente el puesto junto al féretro. Después de algunos momentos de absoluto silencio, y pasada la hora de la primera azala, procédese á la conducción del augusto cadáver al cementerio del alcázar: concédese entrada franca al pueblo que recibió de su rey en vida tantas pruebas de amor y de jus-

ticia, y entre los que corren presurosos á presenciar el solemne entierro formando apiñadas turbas, se mezclan y confunden el Egipcio de piel tostada, procedente de Beja ó de Lisboa, el Eme-seno que olvida la tierra del Líbano por la de Sevilla ó Niebla, el Palestino, descendiente de Filisteos, que habita en Medina Sidonia ó en Algeciras, el Persa de voluminoso turbante arraigado en la antigua *Fulia* (1), el Asirio morador de la montuosa Elvira, el Kinserita que disfruta las minas y los pastos de Jaén, y el Damasceno que goza las preeminencias de Cortesano. Sobresalen por sus ricos trajes y por el privilegio de llevar el cabello largo recogido á un lado, los Cadíes de la capital y sus aledaños, distingúense los turbantes amarillos de muchos Judíos, y llaman la atención por los lineamientos de sus bermejos semblantes no pocos Españoles de origen godo, que habiendo nacido en la grey de Cristo, renegaron ¡oh mengua! de su religión, y seducidos por el interés sirven como *mulados* en el ejército musulmán. Todas las clases de la población hallan cabida en los espaciosos patios del alcázar, donde junto al capuchón del jeque, se despliega el taylasán de la gente común, luce la vistosa sobrevesta ó la limpia cota del soldado, y hace pardusco fondo el raído darwazah del magister. Abre calle el gentío á la prolongada hilera del acompañamiento fúnebre, y llegado el cadáver al lugar de su sepultura, comienza Abdullah con lentitud y majestad la oración ritual que repiten á media voz los asistentes: «*Allah ua aqbar,* »loores á Allah que mata y resucita: tuyas son las gracias y las »grandezas y los imperios, él es sobre toda cosa poderoso! Se- »ñor, haz gracia y merced á Mohammad y á los de Mohammad, »apiádate de Mohammad y de los de Mohammad! Señor, este es »tu siervo Abde-r-rahmán, hijo de tu siervo Moavia; tú lo crias- »te y mantuviste y lo revivificarás; tú sabes lo que hay en él »secreto y paladino; venímoste á rogar por él. Señor, á ti nos »acercamos, que tú eres cumplido de homenaje. Señor, defién-

(1) Huete.

»dele de la tentación de la huesa y de las penas de la Jehenna.
»Señor, perdónale y hónrale su morada, y ensánchale su huesa,
»y límpiale de sus yerros y pecados, y dale compañía mejor que
»la que tiene. Señor, si es bueno, crécele en descanso, y si es
»que faltó en tu servicio, pásale sus pecados, que tú eres sobre
»toda cosa poderoso. Señor, afirmale la lengua al tiempo de la
»pregunta de la huesa, y no lo repruebes, ni le escandalices con
»que no tiene poder para defenderse de ello. *Allah ua aqbar,*
»*Allah ua aqbar, Allah ua aqbar.*» Y después de breve pausa,
añade en tono de oración, sin que repita sus palabras la comitiva:
«Señor Allah! perdona á nuestros vivos y á nuestros muertos, á
»los presentes y á los ausentes, á los grandes y á los pequeños,
»hombres y mujeres, que tú sabes nuestros fines: y pues tene-
»mos esperanza en tu piedad, perdona nuestros yerros y pecados.
»Señor, defiéndele del escándalo de la huesa y de las penas de
»la Jehenna, y danos buen fin en nuestros días: amen.» Abdullah
da salam (1) á la concurrencia, en seguida es entregado el cadá-
ver á los sepultureros, y al hundirle en la huesa, donde es cui-
dadosamente depositado de cara á la quíbla, dice por última vez
el príncipe: «Señor Allah! nuestro hermano dejó el mundo y va
»hacia ti. Señor, afirmale la lengua en la demanda de la huesa,
»que tú eres sobre toda cosa poderoso!»

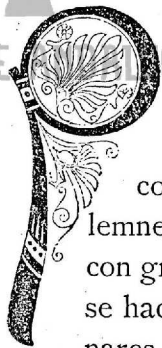
(1) Todas las oraciones y ceremonias de los Mahometanos acaban con el *Salam* ó Salutación; la cual se hace también á los seres invisibles, como por ejemplo, á los dos ángeles que, según el Korán, están á derecha é izquierda de todo el que ora ó hace su azala.



CAPÍTULO IV

Terminación de la mezquita primitiva.— Cuadro general de la cultura
sensualista mahometana

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



PARA quién reserva Dios la tremenda gloria de acabar la gran mezquita? Para Hixem, hijo predilecto de Abde-r-rahmán, jurado ya por todos los walíes como sucesor en el imperio, á quien aclama hoy solemnemente la ciudad de Mérida, cuyas calles recorre con gran pompa y numeroso séquito de caballería. Por él se hace ya la hotba y se pregona desde todos los alminares de las principales mezquitas de España, y en todas partes repite el pueblo: ¡Dios ensalce y guarde á nuestro rey Hixem, hijo de Abde-r-rahmán!— ¡Sabéis por qué la mezquita mayor de Córdoba fué también objeto de particular solicitud del nuevo monarca? Os lo voy á referir.

Residía en Algeciras un astrólogo afamado, cuyo nombre era Adh-dhobí. No bien subió Hixem al trono, le mandó llamar para

que le predijese su destino, lo que el astrólogo rehusó hacer al pronto temiendo desagradar al nuevo rey. Cediendo por fin á sus insistencias, le dijo Adh-dhobí: « Tu reinado, oh amir, será glorioso y feliz, y señalado con grandes victorias; pero, si mis cálculos no salen fallidos, su duración será de unos ocho años solamente. » Hixem permaneció largo rato silencioso y meditabundo, mas luégo alzó sereno la frente y exclamó: Oh Adh-dhobí, tu predicción no me amedrenta, aun cuando sea sugerida á tu boca por el mismo Omnipotente, porque si el tiempo de vida que me concede logro pasarlo en su adoración, cuando llegue mi hora diré resignado: ¡hágase su voluntad! Despidió el rey al astrólogo después de remunerarle fastuosamente, y cuenta la tradición que desde aquel día se abstuvo de los placeres mundanales, siendo la piedad, la justicia y la benevolencia la única guía de sus acciones. Con esta elevada mira fué su breve reinado fecundo en grandes empresas, reprimió la rebelión de sus dos hermanos Suleymán y Abdullah, llevó la guerra santa hasta la Cerdaña, entró y saqueó á Narbona, imponiendo á los infelices cristianos la dura obligación de llevar en sus hombros hasta Córdoba la tierra de sus demolidas murallas para erigir en sus alcázares una mezquita (1), hizose ominoso á la España y á los Francos, y por último contribuyó poderosamente á cimentar el imperio del Islam en Andalucía engrandeciendo su capital, reparando su magnífico puente, creando institutos de pública utilidad, y terminando la grande aljama fundada por su padre, donde estableció y dotó escuelas y madrisas: todo con los recursos del azaque y de su legítima parte en las conquistas, sin exigir de sus musulimes tributo alguno extraordinario. Tanto fructificó en el corazón de este grande y temido rey el germen de seria meditación que en él depositó el agorero.

La grande aljama quedó concluída el año 177 de la Egira

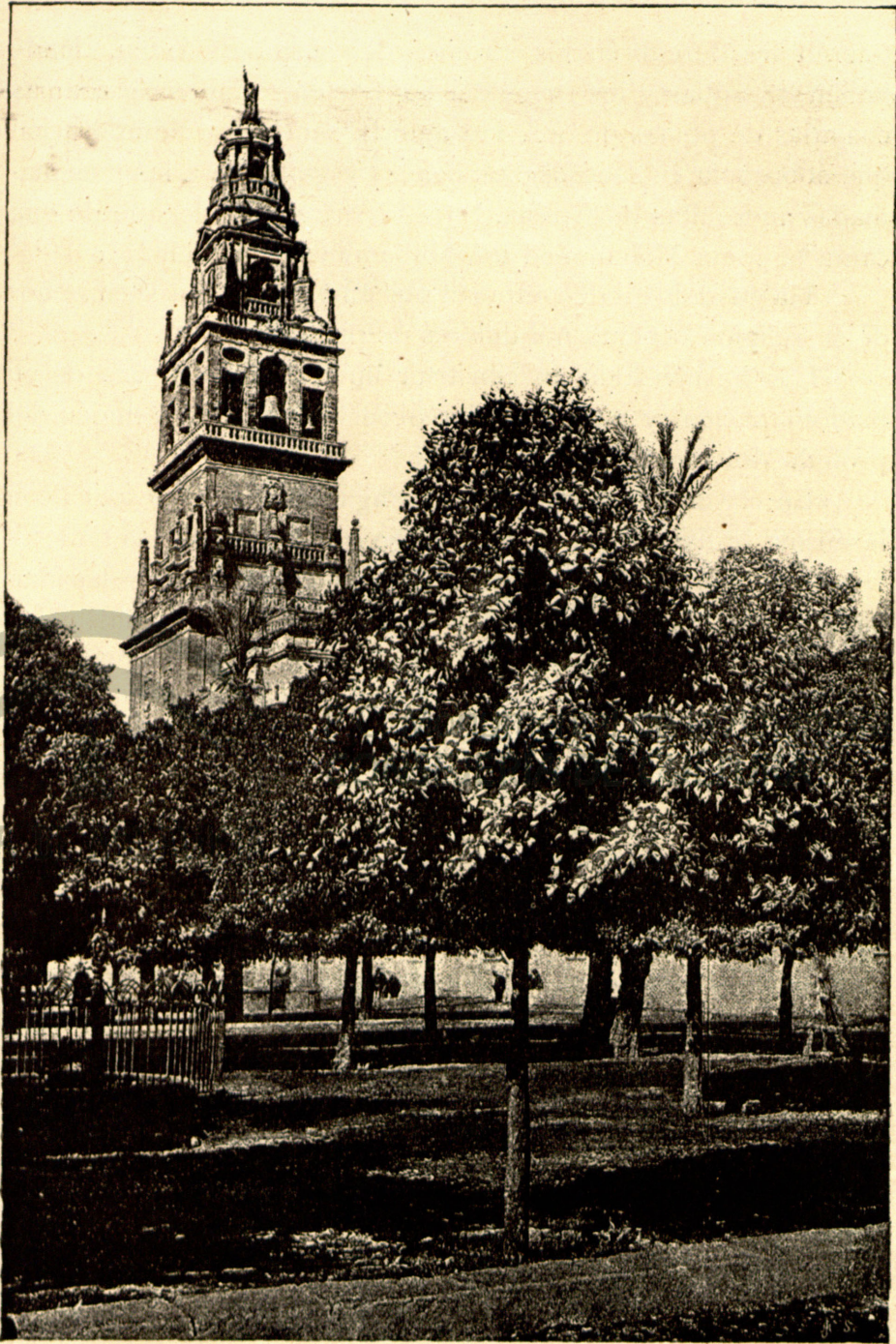
(1) Hízola, según refiere Al-Makkari, al lado opuesto de la *Puerta de los jardines* del palacio de Córdoba.

(año 793 de J. C.), contribuyendo á sus obras, lo mismo que bajo el reinado de Abde-r-rahmán, el Amir con su asidua protección y personal asistencia, los walfes de las provincias con ricos despojos de antiguos monumentos, los artífices con su ingenio; las victorias con su pingüe botín; la ciudad con ceder los operarios, las sierras de Córdoba y Cabra con suministrar los tesoros de sus canteras, África con prestar sus incorruptibles troncos de pino-alerce, Asia con inocular en el naciente arte árabe-hispano el genio de la ornamentación, sus inspiraciones, su poesía, y Dios en fin con permitir, en castigo de las culpas de nuestros padres, que la moral bastarda de los hijos del Yemen, impregnada de letal sensualismo, se entronizase en la Bética como regla suprema de una sociedad rebelde al luminoso y casto yugo del Evangelio.

Sí, la grande aljama está concluída: ¡también Hixem cree haber asegurado su puesto en el jardín eterno de las delicias! Ved esa nueva casa de adoración majestuosamente asentada al confín meridional de la gran ciudad, junto á la verde orilla del más ancho río del Andaluz, ocupando una extensa área regular de 460 piés de septentrión al mediodía, y de 280 de oriente á occidente, cercada de altos y gruesos muros almenados y bien guarnecidos, flanqueada en su recinto por robustos estribos de torres albarranas y un enhiesto alminar, abierta á los musulimes por nueve espaciosas y riquísimas puertas exteriores y once interiores, cuatro á cada lado de oriente y occidente, una principal al norte, y las once en la fachada interior, dentro del pensil de las abluciones, comunicando á otras tantas naves del templo. Contemplad la hermosa disposición interna de ese insigne monumento, el gran patio que le sirve de atrio, con anchos pórticos en las tres bandas de norte, oriente y poniente, fuentes para el alguado (1) y las purificaciones, y frescas alamedas de naranjos y palmeras enlazados al pié por bien dispuestas plantaciones de

(1) *Alguado*: lavatorio, ablución.

flores; luego el majestuoso buque de la inmensa casa de oración, sencillamente compartido en once largas naves, que dirigiéndose de norte a sur, se cruzan en ángulo recto con veintiuna naves menores que van de oriente a occidente; luego la elegante e ideal combinación de esas arquerías en que las pilastras se sobrepone a las columnas, y unos arcos a otros arcos, dejando paso a la luz entre la columnata superior y la inferior, como remediando la arquitectura los atrevidos juegos gimnásticos de las ágiles caravanas del desierto; luego la sabia y ligera forma de esas once riquísimas techumbres de alerce, labradas, pintadas y doradas, que recuerdan al que las mira las sutiles armaduras de las voladoras naves sirias con que conquistó otro Moavia a las Cícladas, a Rodas y a Sicilia; luego, finalmente, el misterioso y recóndito santuario donde se guarda el Korán, en cuyo recinto ha agotado el arte oriental toda la riqueza de sus recursos fascinadores. Figuraos ahora realizada la imponente majestad de esa gran mezquita con las galas de que pueden revestirla el más exquisito gusto y la riqueza, de consuno con las exigencias de una religión inventada para cautivar los sentidos, y se deslumbrarán vuestros ojos con la masa de luz de los candelabros, se embriagará vuestro olfato con las preciosas esencias quemadas bajo aquellos taraceados artesones, halagarán todo vuestro cuerpo las tibias auras primaverales impregnadas de azahar, que se deslizarán por vuestra sien trayéndoos deshechos en ráfagas los trinos de los ruiseñores con los brillantes globulillos del agua que se estrella en el duro mármol de las fuentes. Las once grandes puertas que conducen del patio a la mezquita están abiertas: son once soberbios arcos ultra-semicirculares y dobles, todos en fila, sostenidos en esbeltas columnas de mármol que de cuatro en cuatro rodean a los recios machos de piedra en que se afirman, como lindas esclavas gemelas que dando la espalda al majestuoso dueño, se enlazan entre sí volteando dobles guirnaldas. Estas once puertas muestran a los que cruzan el atrio el interior del templo como en combustión, y a los que ocupan el



TORRE DE LAS CAMPANAS

templo les descubren los jardines del suspirado Edén, donde bullen las aguas y los rayos del sol por entre las verdes ramas cuajadas de pomas de oro. He aquí la santa casa de adoración que sobrepuja en suntuosidad, belleza y gallardía á las más afamadas mezquitas de Arabia, Siria y África. Oíd lo que de ella canta el poeta Mohammed Ibn Mohammed Al-baluní (1):

« Ha gastado Abde-r-rahmán por amor á su Dios y en honor de su religión ochenta mil dinares de plata y oro.

» Los ha invertido en construir un templo para uso de su piadosa nación, y para la mejor observancia de la religión del profeta Mohammed.

» En él veréis relucir el oro prodigado en sus artesones con la misma brillantez que el relámpago que atraviesa las nubes.»

No exageraba el poeta, porque realmente á la luz de las lámparas y candelabros, velada por la neblina de los aromas, debía parecer aquella rica techumbre lo que en enérgico lenguaje vulgar llamamos una *ascua de oro*.

¿Pues qué impresión no causaría el espléndido interior que contemplamos al ver algunos años después el oro prodigado en los mismos capiteles de las columnas y en las pilastras de las arquerías? Á medida que se va cimentando el Califato, va este soberbio templo creciendo en riqueza. Así como el famoso millímetro de Rhaudhá marca en Egipto las crecientes del desbordado río que le hace fecundo, así la gran mezquita de Córdoba señala en Andalucía los progresos del arte arábigo invasor. Bien necesitan en verdad los descendientes de Moavia dar á la corte de su imperio esplendor y lustre; forzosamente han de ser grandes y magníficas las huellas de su dominación, norma y estímulo para sus sucesores; porque sus émulos los Abassidas están resucitando en las bíblicas llanuras fertilizadas por el Éufrates y el Tigris las fantásticas creaciones de Belo y de Semíramis, reproduciendo las pasadas glorias de los Ninivitas y Babilonios, sobre-

(1) *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain, etc.* Tomo I, pág. 219.

pujando en fastosidad á los Persas, oscureciendo la cultura de los Griegos Seléucidas, y afrentando la artística voluptuosidad de los Sassanidas.

El año mismo en que el ilustre vástago proscrito de los Umeyas abrió los fundamentos de la aljama de Córdoba, subía al trono del imperio musulmán de Oriente el famoso Harón-al-Raschid, el Pericles de los Arabes, dirigido por su sabio wazir Yahia, de la preclara familia de los Barmácidas, á quien debe su reinado sus principales títulos de gloria. ¡Cuenta que este gran Califa, al fijar la planta en el trono de los Abassidas, ostenta ya ceñida la sien con el lauro de la victoria; que las huestes de la emperatriz Irene han huído ante él despavoridas en los campos del Asia menor; que la Providencia le tiene reservado para hacer inmensas conquistas en el Asia y escarmentar el orgullo de Nicéforo; que no en vano parece haberle dotado la naturaleza de un corazón de hierro y de la más exquisita sensualidad, puesto que para levantar la tiranía del Islamismo á la altura de sistema político capaz de contrabalancear la vigorosa acción del Occidente, es preciso que Harún pueda ver sereno espirar en horribles suplicios á muchos individuos de su propia sangre desde el asilo y templo de los placeres! (1) El hijo de Harún se jacta de que sabrá mover el Oriente y el Occidente con la misma facilidad que si fueran piezas de ajedrez: bravata verdaderamente asiática, pero que compromete á los emancipados sultanes de Andalucía á sobrepujar, siquiera sea por arte satánica, en fasto, en gloria, en prestigio y poderío, á los que así presumen ser árbitros del mundo. Grande y hermosa es Córdoba, pero bella y grande es también la nueva *ciudad de la paz*; la rica y voluptuosa Bagdad, que Abu-Giaffar Al-mansur confió á las zalamas del Tigris en el asiento mismo de una poética quinta regalada por Cosroës Anuschireván á su concubina más querida. Grande y próspero ha sido el reinado de Abde-r-rahmán I: su hijo Hixem, continuador de su sabia

(1) Bagdad.

política, ha logrado ruidosos triunfos que contribuyen á consolidar la más preciosa conquista sarracena: Alhakem asciende ahora á la suprema dignidad en Córdoba, y se anuncia como príncipe de incomparables cualidades para la obra que está llamado á secundar, porque ama el bélico tráfago y le devora el deseo de la ciencia y de los deleites; pero tal vez más próspero y grande, más victorioso, más sabio, más ilustrado y más fecundo en goces de toda especie, va á ser el reinado de Harún, de ese genio singular en quien brillan reunidas las dotes de todos los sultanes de España juntos. ¡Qué terrible competencia, qué consternadora rivalidad la de los dos imperios musulmanes, la de las dos providenciales familias de los Beni Abbás y de los Beni Umeyas, para las infelices provincias ya medio amortajadas en los girones de púrpura y oro de los Isaurios, ó aun medio envueltas en los cendales de la barbarie godo-germánica! Como esos briosos caballos que en el circo de Bizancio se disputan el premio de la carrera, único espectáculo que hace latir el mezquino corazón de los degenerados Imperiales, así se lanzan á la conquista de la grande unidad islamita en el estadio del antiguo mundo romano esos dos gigantes enemigos de la civilización del Cristianismo, que para mejor cautivar á los amantes del progreso de la humana inteligencia, hacen resonar con acentos de armoniosa poesía las florestas de los ríos históricos, Tigris y Betis, honran con magníficas fundaciones el tranquilo culto grato á Academo, ponen sobre su cabeza los libros de Aristóteles y Platón, y levantando en alto el gracioso canastillo corintio, tributan al arte de la Grecia el homenaje de su admiración y respeto.

Pero dirigiendo alternativamente nuestras miradas del Guadalquivir al Tigris, de la majestuosa Córdoba á la risueña Bagdad, advertimos en los dos colosos genio idéntico y temperamentos diversos. El de Oriente, ávido de lujo y de sensaciones, prodiga sus riquezas con frenética magnificencia: Al-Mamún el día de su boda siembra mil gruesas perlas en el sedoso cabello de su amada, y pide setecientos porteros para su palacio, y árboles de oro

y plata para sus jardines (1). El de Occidente, igualmente pródigo de sus tesoros, asombra con sus rasgos de generosidad á los avaros hijos del Norte: Abde-r-rahmán II, para aplacar el justo enojo de su querida Tarub, hace tabicar la puerta de su aposento con sacos de dinares; á fin de que al hacer la hermosa concubina las paces con su señor, sea una lluvia de oro la recompensa de su perdón. (2). Codicia el de Oriente la posesión de la ciencia y se esfuerza por alcanzarla, porque Mahoma había dicho en su Korán: « Un entendimiento sin erudición es como un cuerpo sin alma. » Harún llama á su corte á los médicos, á los filósofos, á los literatos, á los artistas, sin distinción de patria y de religión (3), los colma de agasajos y de honores, forma con su auxilio el vínculo moral único capaz de contener la disolución de su imperio, y á su benéfico influjo las nociones antiguas, momentáneamente proscritas por la inexorable cimitarra de los Arabes conquistadores, renacen y reaparecen del mismo modo que vuelven á levantar sus vívidas corolas á los rayos del sol las tiernas flores envilecidas en el lodo durante la tormenta. Imposible es abarcar de una sola ojeada todos los timbres de gloria de los Califas Abassidas: animados de la más generosa tolerancia, encomiendan á los Cristianos de Bagdad la versión de las obras de los filósofos griegos, fomentan entre los Sarracenos el estudio de la *ciencia de la razón*, protegen las escuelas judáicas fundadas

(1) No hay en esto la menor exageración de nuestra parte. El que quiera formarse una idea aproximada del desenfrenado lujo introducido en el imperio árabe de Oriente por los Califas Abassidas, rivales en esplendor y magnificencia de los antiguos Asirios y Persas y de sus contemporáneos los emperadores griegos, puede consultar las obras de Hamme, *Hist. de l'Empire Ottoman*; Malcolm, *Hist. de Perse*; Gaillardin, *Hist. du moyen âge*; Oelsner, *Des effets de la religion de Mahomed*; Mills, *Hist. du Mahométisme*; etc., etc.

(2) Al-Makkari: Historia de las dinastías mahometanas, tomo II, pág. 126.

(3) Los Cristianos y Judíos fueron colmados de agasajos y de honores en la corte de Harún al Raschid, los primeros por sus conocimientos en la filosofía y en la medicina, y los segundos por la sutileza é ingenio con que manejaban las místicas teorías de la escuela alejandrina y de la antigua filosofía hermética, tan conformes á la imaginación exaltada de los Arabes. Los Cristianos lograron ser poderosos é influyentes, y los Judíos obtuvieron que fuesen protegidas sus escuelas fundadas en Sora y Pundebita.

en Sora y Pundebita para la propagación de la filosofía alejandrina: no contentos con favorecer la investigación de todos los manuscritos que se habían salvado de los desastres de la invasión, piden á los emperadores de Bizancio que les envíen sus libros y sus sabios (1), enriquecen sus bibliotecas con los tesoros de la literatura persa, nombran comisiones que traduzcan las obras preciosas de la antigüedad, á Homero, á Tolomeo, á Aristóteles, crean academias é institutos científicos en Bagdad, en Ispahán, en Firuzabad, en Samarkanda, en Damasco, en Kuffah y Bassorah, con escuelas gratuitas y públicas, en una de las cuales (2) llegan á juntar hasta seis mil alumnos, y consiguen que sean la lengua árabe el idioma de la ciencia, y el Islamismo la religión general del Asia entera, que adopta gustosa la lengua de su Profeta. Y esa lengua que en sonoros versos de cantos antiguos había cautivado á los apasionados Arabes cuando hijos del desierto, ¿de qué bellezas no será susceptible ahora que el círculo de las impresiones se ha dilatado tanto para los que viven entre las riquezas de la naturaleza domada por el arte, y á la benéfica sombra de un soberano que retribuye con cincuenta mil doblas un sencillo poema (3), y que premia al bardo vencedor en los certámenes de Ocadh con cien dinares de oro, un caftán bordado, un arrogante caballo, una linda esclava, y el título de príncipe durante un año? Figúrasenos estar viendo los caminos de la Meka á Bagdad, á Balk, á Samarkanda y á Nisapur, frecuentados á todas horas del día y de la noche por tranquilas caravanas: ¿son por ventura los esclavos africanos, las sederías de la India, los perfumes del Cabul el único comercio que alimentan esos ambulantes bazares conducidos en interminables y pulverulentas filas de camellos? No: sobre aquellas gibosas y pa-

(1) El ciego entusiasmo del Califa Al-Mamún por las ciencias le llevó hasta el ridículo extremo de declarar la guerra al emperador de Constantinopla sólo por haberse opuesto á que León, arzobispo de Tesalónica, se trasladase á Bagdad.

(2) El colegio de Bagdad.

(3) *Abu-Thamán* es el nombre del afortunado poeta que lo compuso.